

**Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión"  
Núcleo de Bolívar**

**ÁNGEL HONORIO JIMÉNEZ**

# ÁNGEL HONORIO JIMÉNEZ COLOMA



## CARTILLA DE DIVULGACIÓN CULTURAL # 38

**Casa de la Cultura Ecuatoriana  
"Benjamín Carrión" Núcleo de Bolívar**  
(Manuela Cañizares # 511. Telefax: 980333)

**Presidente del Núcleo:**

Ing. Gabriel Galarza López

**Directorio:**

Prof. Teresa León de Noboa  
Lic. Fausto Silva Montenegro  
Dr. Napoleón Yáñez  
Msc. Mariana Meneses Yáñez  
Dr. Kléver Arregui Saltos  
Ing. Diomedes Núñez M.  
Lic. Herman Flores  
Ec. Pomerio Garófalo

**Secretaria:**

Lic. María Alicia de Noboa

**Levantamiento de Textos:**

Lic. Renán Mena Paredes

**Impresión:**

Editorial Ballesteros  
Telefax: 981163  
Guaranda - Ecuador

## PRESENTACIÓN

Había revisado inicialmente de manera muy rápida la obra del Maestro Claudio Aizaga, pero sin embargo, en la profundidad de la memoria personal/colectiva que cada uno de nosotros tenemos, resonaba el nombre de Ángel Honorio Jiménez Coloma, tal vez a partir de esos dos apellidos de familias guanujeñas, o la coincidencia recordatoria de un ciudadano que luchó por el desarrollo de su tierra, otro Jiménez Coloma, conocido por todos como don Telmo. De inmediato fui a mi mismo impulsado a leer, entonces con sumo detenimiento, lo que el Maestro Aizaga había investigado, escudriñado y vivido – todo escrito es vida – acerca de este afamado representante de los músicos académicos del Ecuador. La urgente noticia fue que en realidad, había nacido en la apacible Guanujo, un día del junio veraniego y serrano, del año 1.907, un niño al que le bautizaron como Ángel Honorio Jiménez Coloma, en la antigua capilla de San Pedro, asentada en la plaza principal de la localidad que guarda generosa la gran piedra divisoria de las otrora viejas rencillas juveniles de guanujeños y guarandeños, enraizadas en disputas ideológicas y contradicciones de lo que llama Foucault, de micropoderes.

Hijo de Honorio Jiménez, quien una tarde de abril de 1.895, junto con su amigo entrañable Teófilo Torres, corrieron a sus casas para tomar en sus manos machetes y fusiles y alistarse en las tropas dirigidas por el coronel liberal Hipólito Moncayo, con el propósito de apoyar al asalto de la capital de la joven provincia, Guaranda, en manos del gobierno conservador. Luego combatió en Balzapamba y San Miguel, junto a los militantes del ideario radical del Viejo Luchador. Su padre la había enseñado que por duras que sean las luchas cívicas, a veces ingratas y dolorosas, tenían que ser emprendidas, en la constante búsqueda de sociedades más justas. Así lo hizo también él, cuando apoyó, junto a treinta y cinco coterráneos, en el año 1871, la creación de la que hoy es provincia Bolívar, pese a las circunstancias adversas de un Gobierno, de García Moreno, quien no quería a Guaranda, de la cual manifestaba que tenía sólo dos amigos, José María Flores y Abelino Ribadeneira.

De su madre heredaría la habilidad en las manos. Doña Elisa Coloma aún es recordada por la fina elaboración de mantelería de algodón y lana, cuyas hebras y coloraciones procedían de la delicadeza y gusto personal. Las familias adineradas de Guaranda y Guanujo, así también la Iglesia acudían hasta su casa a encargarle la confección de

mantelería y bordados que nada tenía que envidiar a los importados por el puerto guayaquileño.

La reciedumbre del espíritu guanujeño proviene desde el asentamiento de familias españolas en medio de tierras y comunidades de los Tomavelas y Mitimaes de Cajamarca, quienes seguramente aportaron con el nombre de Guanujo, recordando el Huanuco sureño. En el siglo XVIII, según el historiador Fernando Jurado Noboa, Guanujo era una real guarnición militar, compuesta de alféreces y capitanes. Su vocación libertaria, estuvo transparentada en la lucha del mensajero del ejército emancipador, Manuel Páliz, y el presbítero Próspero Vásconez, o en la lealtad del General Ulpiano Páez que cayó defendiendo en el panóptico García Moreno de la ciudad de Quito, a su amigo y líder Eloy Alfaro, el día de la hoguera bárbara. La vocación por la música y la poesía, tuvo continuidad en los inicios del siglo veinte, cuando en cada hogar había por lo menos una guitarra o un bandolín. Jóvenes y adultos conformaban prestigiosas estudiantinas que envolvían cálidamente la dura frialdad de las tardes receptoras de vientos del padre Chimborazo. En este medio, nació una de las grandes poetisas ecuatorianas, Feliza Egüez Páez.

El Maestro Aizaga, grato alumno de don Ángel Honorio Jiménez, en el Conservatorio Nacional de la capital del país, hunde su investigación en el contexto geográfico-histórico y familiar para indagar las infinitas arterias que cruzan la personalidad y la obra de uno de los grandes músicos que ha tenido el Ecuador. Los bolivarenses no podemos sino agradecer el minucioso estudio, y el homenaje que ha tributado a tan distinguido ciudadano que siempre estuvo atento a los vaivenes de la vida de su patria chica, y que enjugó en canciones los recuerdos ancestrales, las correrías de la niñez, los primeros y callados amores de la juventud, las ilusiones inacabadas que vuelan por los aires conventuales en la tierra verde y fértil de las praderas guanujeñas y guarandeñas. ¡Cuanta nostalgia habrá sucumbido en la intimidad abismal del Maestro Jiménez cuando componía sus variaciones tristealegres sobre “El Carnaval de Guaranda”!. ¡ De qué modo habrá crecido el río del recuerdo en la vibración de sus manos al crear sus “Aldeanita Enamorada” y “Amor Campestre”!. ¡Por cuáles agrestes chaquiñanes de la existencia colectiva deambularía su fino espíritu para generar su “Recuerdo de Atahualpa”!. ¡ O en qué hondas melancólicas sería embriagado al componer su “Yaraví”!.....

Los dolores que causa la vida a todo hombre, a toda mujer, a veces tiene grandes o tenues compensaciones. En el caso de este gran músico académico de personalidad universal, nos cuenta el Maestro Aizaga, que estando atravesando durísimas circunstancias y “...Dentro de este contexto tuvo una muy importante y agradable sorpresa, una de sus composiciones, “La Aldeanita Enamorada”, mereció el honor de ser interpretada nada menos que por la Orquesta de la BBC de Londres, hecho que le impulsó a intensificar más aún su labor de creación musical”.

Pero no sólo sus obras musicales han trascendido. Además grande, inmensa fue su labor de Maestro, aquella cotidiana tarea humana, a veces reconocida y a veces sujeta a las más horrendas ingratitudes de los discípulos y de la colectividad. En palabras de uno de sus alumnos predilectos y capaces el Maestro Aizaga, reconocemos la inmensidad humana de don Ángel Honorio Jiménez cuando manifiesta que “...*Numerosos profesionales músicos contemporáneos fueron sus discípulos, e incluso algunos que han destacado como compositores y maestros*”.

Talvez sea un refrán popular insoportable, pero que guarda muchas coincidencias en la experiencia humana, aquel que dice “nadie es profeta en su tierra”, pues lo cierto es que Ángel Honorio Jiménez Coloma fue reconocido por el gobierno venezolano, quien tocó las puertas de su casa en el Quito colonial, para invitarle que trabaje en la patria de Bolívar y Sucre. Así fue como un día dejó atrás las calles, los recuerdos y los pocos amigos de la Capital de la República del Equinoccio, para radicarse en la andina y bella ciudad de Mérida, recostada en la estribaciones de las montañas que vienen desde la tórrida vegetación colombiana hacia el horizonte del Orinoco. Con el calor humano de los venezolanos y el apoyo colectivo pudo conformar la Banda del Estado, ganando el aprecio y el respeto de la ciudadanía.

En Mérida, resonaban los primeros sonidos del mes final y navideño del año 1966, en una etapa en la cual don Ángel Honorio estaba construyendo la Academia de Música de la ciudad, cuando le sobrevino el fin de su propio tiempo. Un paro cardíaco concluyó con su vida un día andino, el 10 de diciembre.....

El Núcleo de Bolívar de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, gracias a la preocupación del Maestro quiteño Claudio Aizaga, ofrece en este mes de junio, mes veraniego y festivo de Guanujo, el Cuadernillo de Divulgación con la vida y obra de uno de los grandes

compositores que ha tenido el Ecuador, junto a Carlos Amable Ortiz, Francisco Salgado Ayala, Segundo Luis Moreno, Belisario Peña Ponce, Sixto María Durán...

Que la memoria de nuestra historia no se hunda jamás en las tinieblas de otras historias ajenas, lejanas, pero que están tan cerca en los procesos que han traído los últimos siglos. Cuántos querrán que sean borrados los nombres de quienes nos han representado en esta difícil, dura condición humana de cada una de nuestras localidades, que hacen hoy, en los distintos pesos de los pueblos, la historia real del mundo. Especialmente el mundo de la cultura que encierra en sí los mundos de las culturas.

junio de 2003

***Gabriel Galarza López***  
PRESIDENTE DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA,  
NÚCLEO DE BOLÍVAR

## **El Hombre y su Vida**

Situada casi en el centro geográfico de la República, recostada en las faldas occidentales de la Cadena Occidental de los Andes entre la región interandina y el litoral, y sirviendo de enlace natural para la misma, se halla la provincia de Bolívar, dueña de una riqueza agropecuaria, mineralógica y turística casi totalmente ignorada, subvalorada y consecuentemente poco explotada. Pese a su terreno quebrado y desigual dado que se encuentra cubierto de montañas y mesetas, los declives de la cordillera y los valles poseen una tierra potente y generosa que ofrece una gama completa de productos, de acuerdo con las diversas altitudes, que van desde los páramos andinos situados de tres a tres mil quinientos metros en que solo encontramos la vegetación nativa compañera de los ríspidos pajonales, contrastando con la abundancia sabor y calidad de los cereales, hortalizas y frutales propios de las altitudes que van desde mil quinientos a dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar: trigo, cebada, maíz suave, lenteja, fréjol, melloco y papas de las mejores del país, así como excelentes y tiernos pastos para el desarrollo ganadero, y a medida que se va descendiendo a niveles de zonas subtropicales y tropicales, encontramos abundante producción de plátanos, guineo, yuca, naranjilla, limón, cacao, café, en lugares como Telimbela, Caluma, Echeandía, debiendo mencionar sin olvido las apetecibles, dulces y jugosas naranjas de Balzapamba, solo comparables a las que se dan en la isla San Cristóbal de Galápagos. En cuanto a riqueza mineral, cuenta con yacimientos comprobados de zinc, cobre, plata y molibdeno.

En esta rica pero descuidada provincia, un poco al norte de la ciudad de Guaranda, la capital provincial, asentada sobre una superficie casi plana, se encuentra la parroquia Guanujo, espaciosa y no completamente poblada, de calles rectas y estrechas algunas de las cuales son empedradas, con casas de arquitectura sencilla de uno o dos pisos, y que cuenta, no obstante, con su propio Templo, Casa Municipal, escuela de niñas y escuela de varones, habitada por gente naturalmente amable en su mayoría agricultores, cuyas actividades comerciales las desarrollan en las ferias de los sábados en la ciudad de Guaranda.

Por tratarse de una provincia tan potencialmente rica, he querido hacer una somera descripción de ella, ya que se trata del entorno donde habrá de nacer el Compositor Académico Ecuatoriano **Ángel Honorio Jiménez Coloma**, motivo y sujeto de la presente biografía.

Parece ser que uno de los instrumentos musicales preteridos por las señoras de la época, concretamente de comienzos del siglo XX, era el arpa, que aprendían a tocar con la guía de alguien que oficiara de instructor o instructora en unos casos, en tanto que en otros lo hacían con carácter de autodidactas, impulsadas por el naturalmente humano deseo de acercarse a la belleza y de poder expresar con la ayuda del mítico instrumento, las emociones vividas o presentidas por su ser físico, tanto como por su ser interior profundo.

Tal fue el caso de doña Elisa Coloma, casada en primeras nupcias con don Manuel Segura, hombre de fortuna, de quien se decía en las comidillas del pueblo que tenía pacto con el Diablo, y que donde metía la pala para cavar encontraba entierros en dinero. El matrimonio tuvo dos hijos varones, Gabriel y Mariano, padre este último de don Nelson Segura, quien ha aportado en buena parte con los datos necesarios para la realización de esta biografía. Vale la pena mencionar que don Mariano fue hombre de múltiples habilidades, en medio de las cuales se desenvolvía con suficiencia: era pintor, sastre, panadero, escultor, platero y naturalmente, músico. De todos modos, existiera o no el famoso mentado pacto, don Miguel Segura falleció víctima de una fiebre que a decir de sus parientes no fue amarilla sino negra, dejando viuda a doña Elisa todavía joven, por lo cual contrajo segundas nupcias con don Honorio Jiménez, matrimonio que fructificó en cinco hijos, tres mujeres, Amelia, Angélica y Rosa Elvira que fue una gran bandolinista, y dos hombres, Telmo y por último, Ángel Honorio, el futuro compositor académico, objeto de esta biografía.

Nació pues, el Compositor ecuatoriano Ángel Honorio Jiménez, en la que a la sazón tenía únicamente el carácter de parroquia adscrita a la ciudad de Guaranda, que era la cabecera cantonal y de la cual dependía política y administrativamente; se trata de la parroquia Guanujo, debiendo destacarse la existencia de una rivalidad rayana en la animadversión entre las dos poblaciones, originada por la decidida inclinación realista de los habitantes de Guaranda y su devoción a la causa de la corona española, sembrada, mantenida y permanentemente avivada en sus principios por un presbítero español de apellido Benavidez, en tanto que los pobladores de Guanujo habían casi desde los primeros instantes abrazado las ideas y las acciones patrióticas, republicanas y libertarias. Es entonces en esta parroquia Guanujo de principios del siglo XX, que como quinto hijo del matrimonio Jiménez-Coloma, abre sus ojos a la luz el que más tarde



se convertiría en fecundo Compositor Académico Ecuatoriano, Ángel Honorio Jiménez Coloma, el día 14 de junio de 1907.

Siguiendo las tradicionales costumbres adoptadas por usos sociales de la época que demandaban del varón una actividad -generalmente fuera de la casa familiar- que le permitiera cumplir con el bíblico mandato de ganar el pan cotidiano con el sudor de la frente, don Honorio Jiménez padre, lo aplicaba al pie de la letra ya que tenía la doble condición de agricultor y comerciante en ganado que criaba personalmente o compraba a otros criadores, para luego, reunidas las cabezas necesarias para la formación de un rebaño adecuadamente numeroso, emprender el largo, difícil y peligroso viaje desde el terruño nativo hasta la Costa, generalmente a la ciudad de Guayaquil, donde se podía vender con apreciables ganancias que ameritaban los peligros y fatigas de la larga travesía al arreo, con solo la ayuda de dos parejas de peones, expertos conocedores de los vericuetos y amenazas del camino, no solamente por lo abrupto, desigual y exigente de los accidentes naturales del terreno, sino además por la existencia de diversos grupos de salteadores o cuatreros que ejercía cada uno el dominio y la exclusividad para cometer sus fechorías en determinadas áreas geográficas. El solo hecho de la doble actividad del padre nos da una clara imagen de la natural vitalidad, reciedumbre, pero también sencillez, honestidad y veracidad en sus acciones, ejemplo y ambiente en el que se alimenta y desenvuelve el carácter y la personalidad de nuestro compositor. Todo esto en cuanto se refiere a la actividad paterna. Por lo que respecta a doña Elisa Coloma, es importante destacar el hecho de que aparte de las siempre sacrificadas e interminables labores propias del quehacer de organizar y de llevar el diario movimiento de una casa, además de los solícitos y permanentemente nuevos problemas que depara la apropiada crianza, alimentación y educación a la usanza tradicional de los cuatro hermanos mayores y del recién nacido Ángel Honorio, así como de ese personalísimo espacio íntimo y coquetamente femenino dedicado al cuidado personal, aquel que consigue destacar o acentuar los misteriosos caracteres con que la sabia intuición femenina le guía para mejorar y pregonar, su belleza, además de todo esto, decíamos, doña Elisa aportaba también económicamente al caudal hogareño, ya que, es fama, y que ha permanecido como parte de la tradición oral de la población guanujeña, la casi increíble habilidad encerrada en las manos de doña Elisa, demostrada en la confección de mantelería fina, (adornada con

primorosos bordados), mantelería en la que el proceso comenzaba en la colección, limpieza y secado del algodón o la lana y la elaboración del hilo para que este tuviera la textura y el diámetro deseado, y terminaba en la creación de multicolores, irisados bordados, ya únicos, ya en juegos contrastados, ya realizados directamente o sobrecosidos sobre piezas únicas de mantelería, que en unos casos enjoyaban las mesas y en otros los altares de diversas iglesias. Como una demostración de que determinados acontecimientos, a medida que la evolución humana sigue su curso, dan como resultado el que se produzcan hechos cíclicamente simultáneos, nos hallamos ante la curiosa circunstancia de encontrar la misma capacidad de llevar la manufactura artesanal a un nivel que traspasa esos límites para convertirse en expresión artística, en la esposa de otro gran compositor ecuatoriano nos estamos refiriendo a doña Laura Merizalde, esposa de Luis Humberto Salgado, que generacionalmente viene a ser contemporáneo de nuestro biografiado, don Ángel Honorio Jiménez Coloma.

Desde su nacimiento hasta cuando cumple los seis años, edad límite del primer período de la infancia, la vida del pequeño se desenvuelve muy cerca de la tierra, de los árboles, de los sembríos, las vacas y todos los otros animales, olores y objetos que pueblan un universo eminentemente campesino, sin olvidar eso sí, los ilimitados horizontes cargados de aire transparente e incontaminado. Es en ese medio donde el espíritu del niño se alimenta de la armonía, y del oculto, misterioso ritmo de la energía que transforma la semilla en el opulento ropaje del árbol cargado de frutos, o de las plantas y mieses maduras y en sazón; no podemos descuidar la circunstancia de que por ser el menor y último de los cinco hermanos, tuviera un especial cuidado y mimos dispensados por todos los demás, en particular por su madre, rasgo constante en todo núcleo familiar.

A los seis años el pequeño Ángel Honorio es matriculado para iniciar el ciclo de aprendizaje escolar. Como queda dicho hay en el poblado de Guanujo, pese a su pequeñez, una escuela de niñas y una de varones, escuelas cuyo origen vale reconstruir, ya que es un ejemplo de lo que un hombre puede lograr cuando está poseído por un sincero deseo de ayudar a la comunidad, este hombre se llamó Ángel Real, el que luego de terminados sus estudios que los iniciara con los Hermanos Cristianos para darlos cima en el colegio Pedro Carbo también regentado a la época

por religiosos, retornó a su parroquia natal en la que funda una escuela particular unitaria mixta, en la que por una módica pensión, podían obtener los conocimientos propios del nivel escolar todos los niños guanujeños. El bachiller en humanidades convertido en improvisado maestro, debió tener una poderosa vocación por la enseñanza, a la vez que gran capacidad organizativa y de trabajo, ya que su escuela particular unitaria lo tenía como único profesor-director-inspector y conserje para todos los seis grados, y es fama hasta la época presente, que la preparación recibida por la chiquillería de la parroquia tuvo siempre los más altos niveles mientras estuvo bajo la responsabilidad del mencionado bachiller don Ángel Real, el que además de ser tocayo de nuestro compositor, se convirtiera andando el tiempo, en su cuñado, ya que contrajo matrimonio con la mayor de las hermanas de Ángel H. Jiménez, y que como se recordará respondía a los nombres de Carmen Amelia: esta escuela particular unitaria se convertirá posteriormente en la escuela Vicente Rocafuerte, de varones, en tanto que la de las niñas lleva el nombre de la filántropa guanujeña que donó el terreno, más la en ese entonces considerable suma de cinco mil sucres.

Es en esta famosa escuela particular unitaria en la que nuestro futuro compositor recibe su formación escolar y es precisamente en esta época, concretamente cuando transcurría su estancia en el segundo grado, que una irresistible vocación por la música empieza a manifestarse en el pequeño, utilizando los instrumentos que en aquellas épocas acostumbraban ser parte obligada de los utensilios de una casa, el bandolín y la guitarra, instrumentos que comenzó a aprender sin necesidad de maestro alguno, aplicándose tanto en la práctica de los mismos, que a la edad de diez años los tocaba con singular suficiencia: de alguna manera cayó también en sus manos un violín, cuyo aprendizaje y práctica, así mismo sin profesor, inició de inmediato. A las dificultades técnicas propias de la ejecución de los instrumentos mencionados, debemos añadir una circunstancia que venía a dificultar grandemente el de por sí complejo proceso de aprendizaje, Ángel Honorio Jiménez era zurdo (el lluqui Jiménez le decían sus compañeros), y resulta verdaderamente admirable el hecho de que sin necesidad de cambiar el orden de las encordaduras, se diera modos para llegar a tocarlos con el nivel de maestría que las circunstancias lo permitían, dado que los instrumentos son contruidos para diestros. Sus habilidades musicales le permitieron ser parte de las Estudiantinas de algunos clubes y posteriormente el mismo organizó otras. Entre estas y las actividades propias de ese encantador

espacio que dentro de la vida de cada ser humano está dedicado a la escuela primaria, transcurre el tiempo hasta la culminación del período con el examen de sexto grado, que habilita al estudiante para acceder al inmediato ciclo de los estudios secundarios.

Para iniciar el próximo año lectivo, Ángel Honorio Jiménez se ve obligado a trasladarse a Guaranda, con el objeto de tomar matrícula en el Colegio Nacional Pedro Carbo que tenía sus instalaciones en la mencionada capital provincial. Los ejemplos de responsabilidad y rectitud recibidos en su hogar más una innata forma de proceder, siempre con tranquila medida, más la autodisciplina producto de la práctica sistemática de un instrumento musical, allanaron el camino del nuevo escenario dentro de la vida de nuestro futuro compositor, si a esto añadimos la circunstancia de ser un alumno estudioso y dedicado tendremos ya un perfil de un colegial que sin ser el primero de su clase, estuvo siempre en el grupo de los más aprovechados, circunstancia que le permitió culminar exitosamente el ciclo de estudios secundarios, recibiendo su título de Bachiller en la especialización de Filosofía y Letras el 19 de julio de 1927. Resulta un detalle interesante la descripción constante en el Acta de Grado de las materias aprobadas, ya que esto nos da una visión panorámica de los pensum curriculares en vigencia a la época de su graduación, las materias en mención son las siguientes: Castellano, Aritmética, Historia Universal del Ecuador, Geografía Universal, Geografía del Ecuador, Idioma Francés, Botánica, Zoología, Álgebra, Contabilidad, Literatura, Física, Química, Matemáticas Superiores, Biología, Historia de la Literatura, Filosofía e Historia de la Filosofía.

La brillante culminación de sus estudios de Bachillerato fue todo un acontecimiento en su pueblo cuyos moradores, casi todos agricultores o artesanos, estaban más apegados a la sabiduría de la tierra que a la de la Filosofía o las Letras, razón por la cual fue inmediatamente nombrado Director de la para entonces ya, escuela Fiscal de niños Vicente Roca fuerte de Guanujo, su lugar de origen. Para un alto porcentaje de personas, este habría sido el comienzo de una respetable y segura carrera dentro del magisterio nacional, pero Ángel Honorio Jiménez estaba ya contagiado por la necesidad de agrandar y enriquecer su espíritu con el cumplimiento de dos objetivos, acceder a la profesión de abogado de la república, y casi sin querer confesárselo a sí

mismo, satisfacer una secreta e íntima curiosidad de acercamiento y conocimiento de aquel mundo que empezó a presentir y querer, cuando todavía niño, pulsó por primera vez las cuerdas del bandolín y la guitarra pese a lo incongruente de las posiciones que debía adoptar dada su condición de zurdo; el mundo de la música cuya clave y secretos estaban guardados en el Conservatorio Nacional de Música. Los objetivos propuestos eran dignos de luchar por ellos, y es así como Ángel Honorio Jiménez, abandonando la seguridad y prestigio que le daba su condición de Director de la escuela de su pueblo, decide viajar a la Capital de la República, donde habrá de matricularse tanto en la Facultad de Derecho de la Universidad Central, como en el ya mencionado Conservatorio de Quito, ciudad a la que arriba el año de 1928. En el mes de octubre del mismo año es inscrito en el Primer Año de la Facultad de Derecho y simultáneamente en el Primer Curso de Teoría y Solfeo del Conservatorio: Director de este último establecimiento era a la sazón otro de los más importantes compositores académicos ecuatorianos, el doctor Sixto María Durán. Una circunstancia altamente favorable facilitó el establecimiento en Quito, del para entonces joven aspirante a Abogado y a Músico: el que había sido su maestro en las primeras letras, fundador y propietario de la escuela particular unitaria mixta de Guanujo, su tocayo, y como ya se dijo, posteriormente su cuñado por haber contraído matrimonio con su hermana mayor Carmen Amelia, don Ángel Real, retirado ya de la actividad pedagógica, había adquirido una casa situada en la Plazoleta Victoria de la ciudad de Quito donde se había ya establecido, y ofreció albergar y cuidar al menor de sus cuñados; si consideramos que el del hospedaje y alimentación es uno de los problemas primarios más importantes para los seres humanos, y su solución implica la necesidad de invertir tiempo y dinero en su solución, podremos obtener el hecho de que el apoyo brindado por su hermana mayor y básicamente por el cuñado, quien le iniciara en el camino de las primeras letras, fue decisivamente importante ya que determinó la posibilidad de que el nuevo ciclo de estudios emprendido por Ángel Honorio Jiménez pudiera transcurrir y terminar tranquila y exitosamente, evitándole los problemas inherentes a su solución.

Junto con las materias de teoría y solfeo empezó a trabajar sobre un piano, instrumento que dada su condición de zurdo, acostumbrado ya por su larga práctica de tocar las líneas melódicas de la música con su mano izquierda, le produjo no

pocos sinsabores e incluso desconcierto, razón por la que le dedicó casi todo su tiempo a tratar de corregir y equilibrar la agilidad necesaria en su mano derecha para una correcta interpretación. Esto, si bien fácil de escribirlo, nos demuestra la enorme fuerza de voluntad del joven estudiante, que inmerso en interminables ejercicios, fue descuidando progresivamente sus recién iniciados estudios en la Facultad de Derecho, lo que en determinado momento le condujo a tomar una decisión definitiva para su vida. Es así como resolvió abandonar sus aspiraciones a convertirse en abogado de la república, para volcarse con renovada y total entrega a la carrera que habría de convertirlo en uno de los más importantes compositores académicos ecuatorianos.

Orientada ya su vida por el camino de la música en el que había desembocado por una suma de circunstancias aparentemente imprevistas, colmadas, no obstante, de la poderosa influencia recibida en su niñez de los celajes y los claroscuros vibrantes de emanaciones de tierra y naturaleza en permanente germinación, motivadoras y sembradoras a su vez de la música contenida en ellas, comienza por fin su entrega total al minucioso y progresivo estudio de cada una de las materias propias del programa de estudios vigente en el Conservatorio.

A lo largo de diez años se adentró en los principios y secretos de la Teoría Musical, el Solfeo, el Dictado, la Armonía Analítica y la Superior, la Fraseología, Acústica, Historia de la música, Contra punto, Instrumentación, Fuga, Dirección Orquestal y Composición, en el campo teórico, y en el campo instrumental, del violoncello y del piano.

Es de importancia sustantiva, el hecho de que la carrera profesional de un MÚSICO ACADÉMICO, implica estudios que van desde niveles primarios, hasta los más elevados en el conocimiento humano, y que además de este alto conocimiento, necesita de una semilla divina que lo capacite para ser, aparte de un teórico profundo, un creador, y eso es lo que fue Ángel H. Jiménez, que a partir de su tercer curso de estudiante en el Conservatorio Nacional de Música de Quito, comenzó a producir sus primeras composiciones, influenciadas ya por sus principios académicos, y posiblemente más por las mágicas impresiones musicales naturales recibidas en su niñez. Estas obras de su primera época, son todas de pequeño

formato y fuertemente influenciadas por el carácter de la música popular que había tocado desde los diez años de edad, pero siempre muy formalmente realizadas, como tendremos ocasión de ver con mayor amplitud en el segmento dedicado a El Compositor y su Obra. Para no adentrarnos en poco relevantes y coloridos detalles durante el transcurso de su vida estudiantil, precisaremos el hecho de que una vez centrados sus objetivos y orientadas todas sus facultades volitivas así como sus capacidades intelectuales, por el exigente camino de la fusión entre la teoría y la práctica propio de los diversos y altamente especializados conocimientos que darán como resultado un profesional músico, se convirtió en uno de los mejores estudiantes del Conservatorio Nacional de Música de Quito, institución en la que como ya lo señaláramos anteriormente permaneció durante diez años, lo que nos demuestra que aparte de difíciles, los estudios para la carrera de músico son más prolongados que las de otras profesiones. El deseo de Ángel H. Jiménez, de contar con un óptimo grado de conocimientos le llevó a tomar clases particulares especiales de composición con el maestro ecuatoriano Belisario Peña Ponce, cuya formación musical académica primero en Italia (Conservatorio de Milán 7 años) y luego en Alemania, con especialización en música Sacra (Hochschule für Musik 5 años) lo calificaba como apropiado mentor y guía para las capacidades creativas de nuestro biografiado; estas clases las recibió a lo largo de sus dos últimos años como estudiante del Conservatorio.

Llega por fin el 1° de octubre de 1938, día en el que durante un solemne acto de graduación, recibe su título de Maestro de Música con la más alta calificación, por lo que es merecedor de una especial felicitación, tanto de los miembros del Tribunal Examinador como del doctor Sixto María Durán, Director a la sazón del Conservatorio Nacional de Música de Quito, habiéndose desarrollado tan importante ceremonia nada menos que en el Teatro Nacional Sucre.

Ha llegado el momento de anotar que la holgura con que transcurrió su niñez tuvo un progresivo descenso por malos manejos económicos de su progenitor, agravados con la muerte del mismo, de tal manera que al mediar sus estudios de música quedó en situación de estrechez económica, atemperada por la circunstancia de vivir en la casa de su cuñado, siempre bajo el cariñoso cuidado de su hermana. Es por esto que al término de su estudios, recibió con profunda alegría e igual dosis de tranquilidad

para aliviar la preocupación por el desenvolvimiento futuro de su vida profesional, el casi inmediato nombramiento ocurrido dos meses después de su graduación, como Profesor de Música de los Hogares de Protección Social. En esta actividad que mantuvo a lo largo de cinco años, desarrolló, aparte de los quehaceres propios de su especialidad, una enorme ternura por los niños en general, muy particularmente por la niñez desamparada.

Durante el último período en que ejerció las funciones de Director del Conservatorio Nacional de Música de Quito por tercera ocasión, el doctor Sixto María Durán Cárdenas, (1941-1944), quien presidiera el Tribunal que receptó las pruebas durante la brillante graduación de Ángel Honorio Jiménez, tenía muy presente la alta capacidad académica de la que nuestro biografiado era poseedor, razón que le impulsó a integrarlo a las filas del cuerpo docente del más alto instituto musical del país, nombrando con fecha 13 de diciembre de 1943 al mencionado profesional músico con el cargo de Profesor del Conservatorio, en las cátedras de Armonía Analítica, Fraseología y Transposición, materias a las que posteriormente se sumaron otras muy diversas especializaciones de las ciencias musicales, tales como Dictado, Armonía Superior, Historia de la música, Instrumentación, sin olvidar tampoco la Teoría y el Solfeo. El propio autor de la presente biografía, tuvo la siembra de las enseñanzas de su magisterio en las materias de Transposición e Instrumentación.

El escaso monto de su sueldo como Profesor del Conservatorio, le obligó a aceptar una nueva línea de trabajo, es así como se convirtió en Director de la Banda del Regimiento de Carabineros Quito N° 1 desde 1940 hasta 1943, año en que dicho cuerpo utilizado como brazo del juego político fuera disuelto para dar paso a la formación de la Policía Civil Nacional. Esta actividad, no obstante, fue de suma utilidad para el compositor, pues le dio una base de experiencia práctica en la Dirección de Bandas Militares, así como del tratamiento óptimo para arreglos instrumentales bandísticos, conocimientos que posibilitaron su posterior contratación al hermano país de Venezuela.

Difícilmente se podrá encontrar un ritmo de vida tan ordenado como el de Ángel H. Jiménez, centrado todo sobre el quehacer musical, ya en el Conservatorio, ya en la



intimidad del ámbito de su residencia. Su contacto con la ciudad de Quito se reducía casi exclusivamente al trayecto entre la Plazoleta Victoria, lugar donde se levantaba la casa de su cuñado Ángel Real, y la Plaza de la Merced, ubicación del Conservatorio, espacio que recorría diariamente dos veces en la mañana y otras dos en la tarde, con su muy peculiar manera de caminar, consistente en pasitos cortos de no más de 20 centímetros de largo y apoyando primero la parte delantera de la planta del pie para luego apoyar el talón, a la vez que balanceaba sincronizadamente su cabeza arriba y abajo lo que producía una impresión de levedad totalmente distinta del caminar normal en que los pies soportan el peso físico de la arquitectura biológica construida sobre ellos.

Así como su caminar, fue siempre su personalidad total, pulcro en el vestir, con camisas almidonadas y las líneas de los pantalones impecables, (el cuidado de su ropa, lavado y planchado, lo realizaba él personalmente), los zapatos no necesariamente brillantes pero muy limpios, sus ademanes y el tono de su voz muy mesurados, delicado en su trato tanto con sus colegas profesores como con sus alumnos; aparte del trato con su hermana y su cuñado además de sus sobrinos, a quienes adoraba, tenía muy pocos, contados amigos, casi todos colegas del Conservatorio. Su vida social era casi nula, dado que el interés básico luego de cumplir muy a conciencia su diaria cuota como maestro, era el pronto retorno a casa para sumergirse en el mundo de libros sobre temas musicales, o escribir, revisar y corregir las numerosas composiciones musicales dictadas por su inspiración. Como lógico contraste, su vida interior íntima era de una fuerza, profundidad y riqueza que en contadas ocasiones, más bien diríamos distracciones, se transparentaba en fugaces pero destellantes reflejos de una mirada iluminada por el crisol, en el que se fundían emociones de orden espiritual, a la vez que emociones y pasiones cargadas de un barro humano.

Hemos hecho ya mención de lo ordenadamente organizado de la rutina de su vida cotidiana en que cada actividad tenía un espacio tanto físico como temporal, siempre con un pequeño margen para contingencias inesperadas, razón por la cual nunca se atrasó a sus clases o a sus citas de trabajo, estaba muy puntual para la hora de las comidas y cuando se presentaba algún compromiso de carácter imprevisto, reacomodaba la rutina de ese día, de tal manera que jamás pasó un apuro de tiempo.

Sin considerar cuan importante fuera el diario plan de actividades, había un espacio inamovible, sagrado: las dos horas diarias que dedicaba luego del reposo nocturno a su aseo y a su arreglo personal sobre el que era tan puntilloso que cuando por la lluvia o cualquier otra circunstancia las líneas de su pantalón tenían alguna falla, la componía inmediatamente por medio de rápidas palmadas simultáneas con sus manos. Así mismo estaban muy lejos de su manera de ser cualquier tipo de manifestaciones o ademanes exagerados, ruidosos, vulgares, o violentos, actitud llevada a tal extremo, que según afirmación de su sobrina favorita, Raquel Real, nunca le oyó, a lo largo de los años de vivencias tan cercanamente compartidas, reír a carcajadas; cabría decir que el transcurso de su vida fue un permanente estado de elevación dentro del mundo del arte sentido y practicado además, de manera puritana.

Este puritanismo dentro del arte musical, espacio por su esencia totalmente abstracto y subjetivo, nos lleva a considerar que para el natural cumplimiento del antiguo principio hermético de polaridad, existió en Ángel Honorio Jiménez una contrapartida con una carga de pasiones, sensaciones y emociones densamente humanas y terrenas, contrapartida capaz de equilibrar las valencias energéticas de su polo espiritual. Resulta muy difícil afirmar si fue resultado de un alto grado de control de esta parte de su yo interno o consecuencia de la natural timidez de las personas inmersas en una vida espiritualmente activa, más propensas a la introversión y a la soledad que a los riesgos propios de confrontar nuevos y diversos caracteres con un tipo de apertura que obliga a renunciar aunque sea temporalmente al clima que abriga su yo, lo que dio como resultado que este polo negativo de la personalidad de su ser se mantuviera prácticamente desapercibido. Aparte de esto, en el trato con los familiares con quienes vivía o con los contados amigos que lograron captar su confianza, su afecto, o ambas cosas a la vez, era un compañero muy querido, con una conversación llena de amabilidad producto de su ilustración y de su excelente y fino sentido del humor, y en el caso de su cuñado, hermana y sobrinos, era elemento afectivo prácticamente indispensable y cuya presencia era siempre esperada y necesaria en los eventos familiares grandes o pequeños; lo de que su presencia era esperada es tan solo un decir, pues como quedó ya antes anotado era extremadamente puntual en todas sus actividades.

Su permanente contacto con el arte y la consecuente búsqueda de la belleza le convirtieron en un enamorado permanente de esa belleza que es cualidad constitutiva de la naturaleza femenina, razón por la cual, la mezcla de Don Juan y Casanova oculta dentro de todo hombre floreció en el caso de Ángel Honorio Jiménez, el que en medio de su delicadeza y timidez, o más bien aprovechando apropiadamente esas cualidades, esparcía sus dardos de conquistador a casi toda mujer que reunía las cualidades apropiadas a sus inclinaciones estéticas, esto antes y después de su matrimonio.

Hemos ya señalado el hecho de que por diversas circunstancias, básicamente por lo metódico y ordenado de su manera de ser y de vivir, contaba con muy pocos amigos, uno de los cuales era su colega, compositor de música popular de inspirado sentimiento y como él, Profesor del Conservatorio, Pedro Pablo Echeverría Terán, el que en una de las escasas reuniones sociales con personas que no eran de su propia familia, a la cual aceptó asistir a reiterada insistencia de su amigo "Perico" Echeverría, conoció y fue presentado a dos primas del mismo, enamorándose instantáneamente de las dos, razón por la que continuó frecuentándolas, en particular, a Ligia, la misma que trastornó totalmente el tranquilo y ordenado ritmo de su vida, ya que como sucede, en particular con las personas tímidas, la gran capacidad amatoria de que están provistas, se sintetizó en ella, a tal punto que en nuestro compositor tuvieron cabal cumplimiento las coplas que dicen: no comía, no dormía y el amor le consumía.

Tres años duró la espera previa al matrimonio, el que tuvo lugar cuando ya Ángel Honorio Jiménez había cumplido los 39 años de edad. Fue una ceremonia extremadamente íntima seguida de un modesto té, muy lejano de la usual recepción, lo cual es fácilmente explicable por la limitada disponibilidad económica de los contrayentes.

Aprovecharemos esta circunstancial aclaración, para dar una idea de como también en el aspecto del manejo de los escasos fondos de que disponía mensualmente, había organizado un muy ordenado y casi inflexible flujo de egresos según prioridades establecidas por necesidades básicas, incluida la del ahorro, lo que le dio como resultado que así como nunca tuvo apuros de tiempo, tampoco los tuviera de dinero, que no obstante ser escaso ya que disponía únicamente de dos rubros: el pequeño

suelo de Profesor del Conservatorio como ingreso fijo, y lo que cobraba por los diversos encargos profesionales que le encomendaban, principalmente arreglos instrumentales de diversa índole, además de alguna clase particular requerida ocasionalmente.

Difícilmente se podría encontrar un hecho capaz de aquilatar con mayor precisión su gran calidad de Profesor, en el campo del conocimiento profundo como en el de la intuición de llegar tanto a la conciencia como a la espiritualidad y emotividad de sus estudiantes, que el recuerdo grabado en ellos fue siempre de reconocimiento por sus cualidades, ya como profesor, ya como ser humano. Es por tanto imperativo relieves el hecho de que fue quien inició y guió a todo lo largo de su formación dentro de nuestro país, al que luego se convertiría en compositor contemporáneo de música Electroacústica, Mesías Maiguashca. Fue así mismo profesor de algunos otros Compositores Académicos como Gerardo Guevara y Claudio Aizaga, autor de la presente biografía. Parece ser que fue también el arreglista de buena parte del repertorio de una de las orquestas populares que se mantuvo de moda durante décadas, desde los 30 hasta los 50, la de Luis Aníbal Granja. Así mismo le encomendaban arreglos para Bandas Militares y grupos colegiales y aficionados.

Este tipo de labor la realizaba generalmente las mañanas, luego de su aseo personal, en una mesita específicamente dedicada a este tipo de actividad, además de la de escribir, revisar, corregir, instrumentar o desarrollar sus propias composiciones. De esta manera conseguía además del necesario equilibrio entre ingresos y egresos, entradas adicionales, que aunque en menor cuantía, le permitían mantener inclusive un rubro dedicado al ahorro, religiosamente conservado para emergencias especiales, o para comprar finas ediciones de cuentos infantiles que acostumbraba regalar a sus sobrinos por Navidad o en sus cumpleaños, o como sucedió más adelante, comprar entradas de alto precio para invitarlos a uno de los conciertos que presentó en Quito el incomparable pianista Arturo Rubinstein, suceso que ellos recuerdan según propias palabras "con emoción y cariño mientras duren nuestras vidas".

Delicado como era, y precisamente por el cariño y respeto que compartía con su hermana, en cuanto contrajo matrimonio ocupó un departamento aparte, trasladándose posteriormente a vivir en la vecina parroquia de La Magdalena.

Del mismo modo que en un respetable número de matrimonios, la magia inicial fue desapareciendo progresivamente hasta transformarse en una vida bastante difícil, en parte por la estrechez económica, ya que Ligia su esposa, gustaba como cualquier mujer enamorada o no, de ese sinfín de cosas que en la comida, ropa, mobiliario, crean una ilusión de confortabilidad. Según el criterio de una sobrina del compositor, Ligia era una despilfarradora, esto no obstante, resulta revelador el hecho de que no siendo compatibles los deseos de la esposa con los ingresos de su marido, ella decidió comenzar a aportar con su trabajo a los ingresos familiares, dedicándose a la labor, en aquella época remunerativa y muy socorrida de "coger puntos de medias", labor microscópica realizada con agujas especiales e hilo de seda que dejaba a las medias rotas o "corridas" de las mujeres como nuevas.

Es muy importante destacar el hecho de que en las dos entrevistas personales que tuve con ella, la esposa del compositor, yo, Claudio Aizaga quien escribe esta biografía (01-30-96) encontré a una mujer que tuvo la capacidad de acompañar al hombre tímido, romántico y enamorado, pero también al Maestro Compositor, hasta el día de su muerte.

En todo caso el matrimonio de Ángel Honorio Jiménez a poco tiempo de iniciado, recibió un golpe trágico que marcó para siempre una melancolía infinita en el compositor: su primer hijo, que llevaba su propio nombre en diminutivo, Angelito, murió a los pocos días de nacido. El durísimo golpe fue recibido con estoicismo espartano sin que llegara a mediar una sola queja, mientras continuaba la rutina de sus clases en el Conservatorio, del que retornaba directamente a su casa para dedicarse a trabajar en los no muy frecuentes encargos que recibía, y básicamente en la creación, revisión y corrección de las obras que le eran sugeridas por su necesidad de expresar en música las vivencias del mundo que no sabía si le rodeaba o le atrapaba, así como de revelar las verdades de su universo interior.

Dentro de este contexto tuvo una muy importante y agradable sorpresa, una de sus composiciones, "La Aldeanita Enamorada", mereció el honor de ser interpretada nada menos que por la Orquesta de la BBC de Londres, hecho que le impulsó a intensificar más aún su labor de creación musical.

Alrededor de doce años después de la muy temprana muerte de su primer hijo Angelito, tuvo por fin la alegría de sentirse padre, ya que su esposa dio a luz una niña a la que el matrimonio hizo bautizar con el nombre de la sobrina favorita del compositor, así pues, la niña recibió el nombre de Raquel.

Hemos hablado de la condición bondadosa de Ángel Honorio Jiménez, el que aceptó acoger en su casa a una cuñada, hermana de su esposa Ligia, pero hemos hablado también de su condición de hombre enamorado de todas las mujeres que por una u otra razón llegaban al ámbito en que se desenvolvía su vida. El resultado fue fácilmente previsible, no solamente enamoró a Germania, que así se llamaba la hermana de la esposa, sino que de ella tuvo otra hija de nombre Marcia.

Hubo la familia de una alumna del Conservatorio, la familia Solórzano, con la que entabló especial amistad, llegando a intercambiar visitas con cierta regularidad, lo que dio como resultado que especialmente Blanca, la estudiante del Conservatorio, se convirtiera en una gran amiga de su esposa Ligia.

Su carrera profesional como catedrático del primer instituto musical del país, mientras tanto, seguía enriqueciéndose con nuevas áreas y prácticas de trabajo, así, para el año lectivo 1945-1946, recibió de parte del señor Juan Pablo Muñoz Sanz, también compositor y por entonces Director del establecimiento musical quiteño, el delicado pero a la vez muy relevante encargo de organizar la Orquesta de Cámara del Conservatorio, encargo que fue cumplido con la solicitud y cuidadoso detalle que acostumbraba poner en todas sus actividades, muy particularmente en las que se involucraban con su especialidad profesional; resultado de este trabajo fue un grupo camerístico que dio singular relieve a un sinnúmero de sucesos de índole cultural, y engalanó los certámenes y fechas conmemorativas tanto del Conservatorio mismo, como de otras instituciones.

Ya institucionalizada la Orquesta de Cámara del Conservatorio, que quedó en manos del Director del establecimiento, recibió una nueva misión, esta vez en el área de la música vocal, con el nombramiento de Director del coro Mixto, que bajo su organización y guía llegó a un nivel artístico de subidos quilates.

Para completar el periplo de su carrera, fue designado a principios de 1955 Director Encargado de la Orquesta Sinfónica del Conservatorio, que a la vuelta de solamente un año había de tras formarse en Orquesta Sinfónica Nacional, ya que el Decreto de Creación, si bien promulgado en el año de 1950 solamente se efectivizó en 1956 con fecha 2 de mayo, bajo la dirección del violoncellista catalán Ernesto Xancó, que presentó el concierto inaugural el 16 de agosto del ya mencionado año.

El acentuado incremento en la cantidad y calidad de sus obligaciones y responsabilidades dentro del Conservatorio, no implicaba en modo alguno un incremento igual o al menos porcentual de su sueldo como profesor de la institución, que pese a ser en su campo la más importante del país, siempre ha pagado y sigue pagando a sus profesores sueldos exiguos lindantes con la tacañería, lo que pese a la sabia forma de administración económica ya antes descrita, usada por Ángel Honorio Jiménez, mantenía a su hogar y a sus ilusiones dentro de un marco de estrechez económica tal, que frente a la propuesta comunicada desde Venezuela por su sobrino Guillermo, con la posibilidad de mejorar su remuneración mensual fácilmente, en bolívares, que cargados del recién descubierto petróleo en Venezuela provocaron una considerable fuga de profesionales en muy diversas ramas, no solo de Ecuador sino de otros países sudamericanos que vieron emigrar a brillantes profesionales, especialmente jóvenes recién graduados, atraídos por la quimera del petróleo.

Pese a no ser un jovenzuelo él mismo, Ángel Honorio Jiménez decidió trasladar su residencia en compañía de su familia, vale decir su esposa Ligia y su hija Raquel, a la ciudad venezolana de Mérida, en la que debía cumplir las funciones de Director de la Banda del Estado del mismo nombre, comenzando por la selección de personal, organización, provisión de repertorio adecuado, ensayos, planificación de programas para las presentaciones, en fin, todo el cuidado sobre los innumerables detalles requeridos para la óptima presencia y ejercicio, que un grupo bandístico tiene como catalizador y activo agente social.

Es aquí donde Ángel Honorio Jiménez quiso aplicar los profundos conocimientos producto de todas sus experiencias profesionales, buscando siempre los más altos niveles de exigencia estética, con la aspiración de lograr un grupo de primera clase artística, objetivo que devino en duro desengaño ante la realidad de un medio sin mayor

sensibilidad o delicadeza, que no quería saber nada de música culta, más afín a demostraciones de muy corto alcance, casi siempre circunstanciales, casi epidérmicas, todo lo cual impactó contra la manera de ser esencial del compositor, produciendo en el un verdadero estado de shock, estado en el que se mantuvo su espíritu a lo largo de todo su ejercicio profesional en Venezuela hasta el día de su muerte, cuyo preámbulo fue un cabal reconocimiento de encontrarse totalmente desubicado, tanto del medio como de la personalidad característica de la gente con la que además de convivir, tenía que trabajar. Si a las circunstancias descritas sumamos el hecho de que aún en su patria y en la ciudad de Quito, su anterior lugar de trabajo y residencia, tenía muy escasos amigos capaces de ser contados con los dedos de una mano, y que aún con ellos nunca llegó a franquearse totalmente, reservándose únicamente para sí mismo determinadas áreas emotivas y sensitivas, podemos concluir que el mundo interior de Ángel Honorio Jiménez se mantuvo desconocido a lo largo de su vida, pudiendo intuirlo únicamente a través de sus composiciones musicales.

El choque entre lo que nuestro compositor quiso hacer y lo que le pedían que hiciera vale la pena aclararlo, recordando que la música popular tratada comercialmente era considerada por él, como un grueso insulto al espíritu humano; pues bien, era eso precisamente lo que esperaban que realizara con la Banda cuya organización y dirección, le había encomendado el Estado venezolano.

Más adelante, y habiendo conseguido el respeto colectivo por su profesionalismo, le pidieron que organizara también una Academia de música con el objeto de iniciar, a futuro una generación de jóvenes adecuadamente formados.

Pero Ángel Honorio Jiménez estaba ya infestado de soledad y melancolía infinita, síntomas galopantes de un grado tal de soledad, que desembocó en un paro cardíaco fulminante que le produjo la muerte el día 10 de diciembre de 1966. Sus restos mortales fueron inhumados en la misma ciudad de Mérida.

### **El Compositor y su Obra.-**

El Compositor Ángel Honorio Jiménez empieza a formarse en la infancia, enriquecida cada minuto del día por el contacto con la vibración poderosa de la naturaleza, cuyas armonías absorbió junto con el ritmo campesino de su natal Caluma, creando allá, muy dentro, en los grandes espacios interiores del espíritu



cosmovisionario propio de cada ser humano, un filón que habría de explotar más adelante, cuando empezasen a florecer sus emociones abonadas por la primavera de la juventud.

De este filón se alimenta la corriente principal de su caudal de compositor, de este filón cargado de murmullos de amaneceres, medios días y atardeceres de meseta andina. A este tesoro se sumarán otros dos: el primero será el fresco y transparente repertorio popular con el que estuvo familiarizado desde cuando a los 8 años de edad, en calidad de autodidacta del bandolín, la guitarra y posteriormente el violín, formara parte de la Estudiantina Escolar, y de otras de clubes sociales sin olvidar aquellas que él mismo organizó, y el segundo no fue otro que el deslumbrador contacto con la música de los grandes maestros a su ingreso al Conservatorio, lo que nos da un total de tres fuentes originales de inspiración.

Debió pasar un período de espera para que estas tres grandes corrientes se juntaran, dando como resultado la caudalosa inspiración demostrada en las obras de Ángel Honorio Jiménez, tanto en las primeras, pequeñas composiciones, cuanto en las posteriores grandes que culminan con su concierto para Violín y Orquesta. Es recién a partir de su tercer año como estudiante del Conservatorio, armado ya con los conocimientos teórico musicales fundamentales, que su necesidad de expresión por medio de la creación musical comienza a manifestarse con pequeñas obras para piano, a las que titula simplemente "Temas", procediendo a enumerarlas, y así ven la luz el "Tema N° 1" y el "Tema N° 2", cambiando luego de denominación a "Melodías", numeradas también posteriormente.

A medida que avanza por sus estudios en el conocimiento de nuevas formas musicales, adopta algunas de ellas para sus necesidades expresivas represadas desde su época de integrante de las estudiantinas, y que su carácter ordenadamente responsable le impedía exteriorizar, mientras no se sintiera provisto de los medios adecuados para darlas a la luz. Esta es una posición que no hace sino reafirmar la honestidad natural de su carácter frente a la creación musical, a diferencia de numerosos compositores de música popular, que producen canciones, algunas inclusive éxitos en su momento, sin sentir por lo menos la necesidad de curiosear en las fuentes del conocimiento musical elemental.

Va fluyendo entonces de la manera más natural, igual que fluye el agua controladamente de una represa, la música que había venido acumulándose en su interior a lo largo de todas sus vivencias emocionales.

Luego de los dos Temas y 15 melodías vienen las Romanzas en número de seis, y dos Minuetos seguidos de siete Cánones y seis Corales.

Mientras tanto, en sus estudios había ya avanzado dentro de la arquitectura majestuosa de la música Contrapuntística y la Fuga, produciendo como resultado de este nuevo conocimiento su primera Pequeña Fuga en Do menor seguida de otras hasta llegar a la Fuga N° 5.

En los programas de estudio del piano, hay un autor cuyas composiciones están cargadas como las de casi ningún otro, de una ternura lírica y de una belleza unas veces heroica, unas veces trágica, con pasajes que semejan suspiros a veces, y a veces torrentes que nos arrastran a los límites de las emociones humanas. Este compositor es Chopín. Al contacto con su música, Ángel Honorio Jiménez, deslumbrado por la misma, quiso rendirle un homenaje personal, es así como compuso un “Himno a Chopín”.

Casi no necesita aclararse que las obras hasta aquí enumeradas fueron escritas en un largo espacio de tiempo, vale decir numerosos años, y que fueron surgiendo según el estado anímico y emocional del compositor, obedeciendo, eso sí, a una férrea disciplina diaria, que como se describió en la parte correspondiente a “El Hombre y su Vida”, era el espacio de tiempo dedicado entre la finalización de su cuidadoso aseo diario, y la hora de salir hacia el Conservatorio para ejercer su cotidiano magisterio. Hombre de campo, al fin, sus reflejos neuromotores guardaban la memoria de los amaneceres parroquiales en la lejana provincia, por lo que las actividades normales comenzaban a las 5 a.m., seguidas del placentero e inexcusable tiempo dedicado a su cuidado personal. Luego del espartano desayuno se instalaba en una mesita específicamente dedicada a escribir, revisar, corregir, arreglar, instrumentar, etc., la obra que había quedado inconclusa o recién comenzada, o luego de terminada una, proceder a buscar en su interior hasta encontrar la semilla apropiada para iluminar el clima creativo de ese particular día con una nueva creación musical; esto transcurría entre las 7 y las 9:30 de la mañana, hora en que

salía con dirección al Conservatorio al que llegaba quince minutos más tarde, para su clase de las 10 a.m.

Aparte de este tiempo dedicado específicamente al quehacer de escribir sus creaciones, aprovechaba también todos los momentos libres del día, que eran, muchos, ya que hay que considerar que vivió solo hasta los 39 años de edad, sin otro compromiso que su trabajo profesional, y casi sin vida o actividades de carácter social que ocuparan su tiempo.

Aquí vale señalar mi antes y un después de la exitosa culminación de sus estudios académico-musicales en el Conservatorio, ya que al término de los mismos estaba provisto de todos los elementos necesarios para dar la forma más adecuada a las obras producto de su inspiración.

Es por esto que a la obra del compositor Ángel Honorio Jiménez se la debe contemplar dividida en tres épocas específicas: una PRIMERA ÉPOCA que comienza con los “Temas” 1 y 2 , se extiende a lo largo de su vida estudiantil a partir del Tercer Curso, con creaciones cada vez más complejas a medida que aumentaban sus conocimientos. Corresponde también a esta época una buena parte de su música popular para piano, entre la que encontramos tangos y pasodobles, danzas ecuatorianas, algunos valeses, y como no, numerosos pasillos, dos yaravíes, dos sanjuanitos, dos chilenas y dos jotas, así como un bolero.

La SEGUNDA ÉPOCA que cronológicamente corresponde a la inmediatamente posterior a su graduación en el Conservatorio, está marcada por su nombramiento como Profesor de música de los Hogares de Protección Social, cargo que desempeñó por cinco años, en el transcurso de los cuales su diario contacto con los niños y su inocente transparencia, le inspiraron numerosas composiciones entre las que mencionaremos la Canción de Niños, Canción de Niñas, La Pelota, Plegaria del Banco Escolar, diez Rondas Infantiles, treinta y cuatro canciones Escolares, dos Canciones de Cuna y más de diez Himnos diversos.

Su nombramiento como profesor del Conservatorio Nacional de Música de Quito, acaecido en el año de 1943, da cumplimiento a la meta ideal que se había propuesto cuando como todavía estudiante provinciano, la sola mención del entonces distante Conservatorio le producía estremecimientos inclasificables.

Así queda marcado el comienzo de la TERCERA ÉPOCA, época de madurez profesional y productiva en la que su capacidad creadora, impulsada por una vida disciplinadamente dedicada a enseñar y componer, nos ha legado un conjunto de obras cuyo número sobrepasa las doscientas.

A esta TERCERA ÉPOCA corresponden obras para Coro a 4 voces con acompañamiento de piano como el Obrero Ecuatoriano, Madre Mía y la Ley del Trabajo, así como las que merecieron arreglos para Orquesta de Cámara o pequeña Orquesta Sinfónica, como las melodías 1- 2- 5- 6- 9- 11 y 12; una hermosa composición a la que tituló Árbol de Navidad, y otras, no menos inspiradas como Caranqui, Bajo un Ciprés, Amargura del Indio, Soñando, Plañideras y otras que constarán en una posterior enumeración de las Obras Completas de Ángel Honorio Jiménez.

Vale recordar que el autor de la presente biografía tuvo el privilegio de ser primero alumno y luego amigo, hasta donde se podía serlo, del Compositor, pudiendo escuchar varias de las composiciones directamente de su creador, a la vez que enterarse de las obras que estaba escribiendo, (escribía a veces hasta tres obras diferentes simultáneamente) y de los proyectos de las grandes obras que tenía previsto escribir, obras de tipo Sinfonía o Concierto cuyos temas venía puliendo y perfeccionando a través del tiempo.

El trabajo de un Compositor de música Académica es como ningún otro, trabajo de una sola persona que además de estar totalmente sola, en estado de introspección profunda, es un misterioso estado de comunicación con determinados sistemas del macro y microcosmos, con los sentidos fisiológicos en estado de penumbra y los espirituales en alerta, debe no obstante vibrar al unísono con las emociones, sensaciones y paisajes vivenciales o anímicos que van a ser dichos o descritos en idioma musical.

Tres importantes eventos que evidencian la calidad y la importancia de su obra creativa vienen a estimular su silenciosa pero disciplinadamente férrea labor, cuando en el Concurso Nacional de Composición Musical convocado por el Ministerio de Educación en el año de 1942, una obra suya originalmente para piano que llevó el

simple título de Yaraví, al que Ángel Honorio Jiménez dio un muy rico tratamiento polifónico, es premiada.

Pero posiblemente el espaldarazo más importante a su trabajo de compositor infatigable se produce en el año siguiente, 1943, cuando una de sus obras para piano, La Aldeanita Enamorada, es instrumentada en Inglaterra para luego ser interpretada y merecer los honores de una grabación, por la Orquesta Sinfónica de la que entonces era una de las Radiodifusoras más importantes del mundo, la BBC de Londres.

Este acontecimiento llenó de alegría a nuestro compositor, convirtiéndose para él en resorte emocional que le impulsó a trabajar más aún si cabe, a trabajar con el gozo de una retribución tanto más apreciada, cuanto menos esperada.

Tres años más tarde, es el Servicio Informativo de los Estados Unidos el que procede a realizar la grabación de algunas de las obras de Ángel Honorio Jiménez; las melodías 3 y 9, Recuerdos de Atahualpa, Danza N° 1 y otras. Para completar el cuadro general de obras que fueron grabadas, mencionaremos que también se hicieron grabaciones en la Radio de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, la Radio HCJB de Quito, dos empresas comerciales de Quito y una de New York.

La Aldeanita Enamorada, aparte de la versión de la B.B.C. de Londres, tuvo otras que en años posteriores se realizaron, incluyendo una que previa instrumentación bandística apropiada, mereció la coloridamente bulliciosa interpretación de la tradicional Banda Municipal de Quito.

Tal como se ha descrito en "el Hombre y su Vida", Ángel Honorio Jiménez jamás dejó pasar un solo día que no recibiera su adecuada porción de trabajo creativo, plasmado en la manuscipción de originales de las diversas obras dictadas por su inspiración.

Dentro de este contexto hubo obras cuya forma final fue conseguida luego de largo y minucioso trabajo de corrección y revisión, más nuevas correcciones y revisiones y re-revisiones, hasta sentir la sincronización personal entre idea-inspiración, y realización sonora.

Este continuado fluir creativo de Jiménez, nos ha legado un muy rico y numeroso conjunto de obras musicales de varias formas y extensiones, algunas de las cuales han sido ya mencionadas.

Hemos deliberadamente dejado para el final de este segmento "El Compositor y su Obra", la enumeración de sus obras mayores, vale decir las de mayor aliento y extensión, tanto por su tratamiento temático como por su forma, (forma Sonata), cuanto por su ropaje sonoro tímbrico, (Obras Sinfónicas).

Tenemos en primer lugar una obra monumental para Solista y Orquesta Sinfónica, el concierto N° 1 para Violín y Orquesta, mencionaremos luego su Sinfonía N° 1, y también con el número 1, su Suite para Orquesta Sinfónica, más una Fantasía Sinfónica a la que tituló "Cita de Amigos".

Todos los tratadistas, científicos músicos y analistas, coinciden en que una de las formas de mayor perfección en el campo de la música Académica es el Cuarteto de Cuerdas. Para este prototipo de Conjunto de Cámara Ángel Honorio Jiménez escribió el Cuarteto N° 1 y las Variaciones sobre temas del Carnaval de Guaranda, además de un Trío para violín, violoncello y piano. El capítulo de su obras camerísticas se complementa con el sexteto N° 1 para dos violines, viola, dos trompas y fagote.

Solamente quedan por reseñar sus composiciones para Pequeña Orquesta Sinfónica, que en número de once engloban títulos tales como Danza N° 1, melodías número 3 y 8, Recuerdos de Atahualpa, Canto de los Segadores, Preludio en Si menor, y otras cuyos nombres constarán en la enumeración y clasificación de la Obra Global de este Compositor Académico Ecuatoriano tan prolífica, y no obstante tan poco conocido aún entre las elites culturales del país.

Para terminar con el capítulo correspondiente a "El Compositor y su Obra", se establecerán únicamente determinadas precisiones, señalando que la investigación se realizó parte en la provincia de Bolívar (Guanujo y Guaranda) y el resto en la ciudad de Quito.

La determinación de las Obras Completas se obtuvo de tres fuentes diferentes: la 1ª. de una lista elaborada por el propio Maestro Jiménez, que fuera entregada al autor de esta Biografía por su viuda en una visita a Quito, poco después de la muerte del

Maestro; la 2ª. fue proporcionada por su sobrina favorita, la Dra. Raquel Real y la 3ª. y última, que junto con una breve descripción biográfica fue elaborada por otro sobrino del Compositor, Profesor de Colegio precisamente en la especialidad de música, Sr. Nelson Segura Ibarra.

Se ha procedido a una clasificación y enumeración de la Obra Total de acuerdo al criterio técnico musical de dividirla en música Instrumental y música Vocal, subdividiéndola luego, por su forma, en música Sinfónica, música de Cámara, música para Pequeña Orquesta Sinfónica, Arreglos para Orquesta de Cámara, música Académica para piano, música Vocal, himnos y canciones, y por último, música Popular para piano.

La carga telúrica ambiental de los cambiantes paisajes campesinos de su niñez, es la savia poderosa que nutre y gravita en la obra de Ángel Honorio Jiménez, razón por la que toda ella está impregnada de un sello que se identifica plenamente con el espíritu del mestizaje criollo ecuatoriano, y con los transparentes, múltiples celajes, ya luminosos, ya cargados con densas pestañas de neblina de la serranía nativa. Por esto es que la obra creativa de Jiménez nos presenta una muestra de identidad cultural de nuestro país y de nuestra gente.

Casi no existe compositor que no haya recibido las influencias no solo de uno, sino aún de varios de sus autores favoritos, de sus maestros y de los movimientos de moda, tanto en la música clásica como popular. En el caso de Ángel Honorio Jiménez, podemos observar una constante evolución formal, que comenzando con temas fuertemente influenciados por los modelos clásicos deriva hacia lo contrapuntístico, para luego ir al encuentro de temas que lo identifican como un compositor maduro capaz de imprimir a su obras un sello personal, aún dentro de formas prototipo como la forma Sonata, Sinfonía o Poema Sinfónico.

Por lo que respecta a la influencia ejercida sobre sus alumnos, es relevante destacar que tenía un doble carácter: el de su modelo de comportamiento como ser humano educado, delicado en su trato, cumplidor de sus obligaciones, trabajador, puntual, cuidadoso de su apariencia y altamente responsable con sus alumnos, a su institución, y a la sociedad en general, enseñanzas todas estas que las predicaba con

su ejemplo. La segunda vía, la de dar a sus alumnos los conocimientos teórico musicales o prácticos de las materias a él encomendadas, recibía un tratamiento cuidadoso y exigente, con numerosos trabajos encargados de familiarizar al estudiante con una aplicación, que aparte de correcta, reuniera las más altas condiciones estéticas.

Numerosos profesionales músicos contemporáneos fueron sus discípulos, e incluso algunos que han destacado como compositores y maestros.

Como en toda investigación formal, la información que ha facilitado la realización de esta Biografía ha tenido varias fuentes, comenzando por el conocimiento del medio geográfico y humano en que desarrolló la primera parte de su vida, entrevistas con su viuda y sus descendientes, recuerdos de vivencias directas recogidas del propio compositor, y un examen documental pormenorizado de la Obra del Maestro.